

# PALABRAS DE LUIS RAMIRO BELTRAN SALMÓN AL RECIBIR UN RECONOCIMIENTO DE LA ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE INVESTIGADORES DE LA COMUNICACIÓN EN SU CUARTO SEMINARIO REGIONAL REALIZADO EN LA PAZ, BOLIVIA, DEL 8 AL 10 DE NOVIEMBRE DE 2007

Señor Presidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, don Erick Torrico

Señor Rector de la Universidad Andina Simón Bolívar, don Julio Garret Aillón, representado por don Luis Ossio

Estimados colegas:

Damas y caballeros:

Me ha sorprendido muy gratamente la deferencia de las autoridades de la ALAIC al otorgar en este encuentro un reconocimiento a mi labor profesional. Aquilato en toda su valía este gesto que me enaltece, emociona y estimula. Aprecio muy de veras las generosas palabras con que el Vicepresidente de la ALAIC, don Alfredo Alfonso, me ha brindado tal galardón en nombre de esta entrañable agrupación de comunicólogos. Agradezco a todos los presentes su amistosa compañía en este momento memorable para mí. Y me solazo por compartir este instante de distinción con la ejemplar creación de mi admirado amigo José Marques de Melo: la Sociedade Brasileira de Estudos de Comunicação, INTERCOM.

La actividad sustantiva de investigación científica crítica tuvo en Latinoamérica sus expresiones raigales a fines del primer tercio de 1960 y alcanzó un nivel de maduración y de resonancia mundial aproximadamente a mediados de la década de 1970. Emergió paulatinamente al impulso de aportes a la reflexión hechos individualmente por investigadores de varios países y de diversas tendencias, pero coincidentes en el compromiso con el cambio social justiciero en pos de una verdadera democracia. No era, pues, dicha actividad producto de una entidad internacional con estatuto, consignas, directorio, programa y recursos. Ni, mucho menos, de una organización de activismo político subversivo. Era la indagación generada por un movimiento intelectual espontáneo y contestatario. Era una insurgencia académica renovadora, una concordancia de ideas y voluntades en torno al ideal de forjar una comunicología identificada con la causa libertaria del pueblo sojuzgado, menesteroso y silente. Es decir, una suerte de fraternidad natural de francotiradores amantes de la utopía redentora. Las armas que ellos blandían eran datos y conceptos para cuestionar, con protesta y con propuesta, al apuntalamiento que la comunicación pro-elitista brindaba a la perpetuación del régimen neocolonial imperante en nuestra América.

La investigación así precedida por el pensamiento juvenil rebelde se desarrolló especialmente en los años de 1970 y 1980, más paralela que consecutivamente, a lo largo de estas líneas mayores de verificación y reflexión:

1. El diagnóstico del sistema y del proceso de comunicación – principalmente la masiva – en la región bajo el influjo de la dominación interna explotativa y opresivamente ejercida por la minoría poderosa sobre la mayoría impotente.
2. La denuncia de la dependencia de la comunicación latinoamericana del poderío transnacional estadounidense, especialmente por medio de la información noticiosa, de la publicidad comercial y de la propaganda política.
3. El registro sistemático de las ricas y diversas experiencias de comunicación popular alternativa desarrolladas por organizaciones de base desde fines de los años del 40 en varios países de la región valiéndose de radio y altavoces, pequeña prensa y periodismo mural, teatro callejero, cine, títeres, ferias, festivales de música y danza y otros modestos recursos creativamente empleados.
4. La crítica al modelo clásico y oligárquico de comunicación unidireccional, monológico y vertical de origen estadounidense y a teorías como la de la difusión de innovaciones y las subsecuentes proposiciones para su reemplazo por modelos horizontales basados en el acceso, el diálogo y la participación en condiciones de equidad, libertad y democracia real y plena.
5. La proposición creativa, por consulta pluralista y formulación legal basada en el consenso, de una normativa de cambio democratizante cifrada en políticas nacionales de comunicación.
6. El aporte a la conceptualización y el apoyo a la promoción del planteamiento en pro de un Nuevo Orden Internacional de la Información y la Comunicación hecho por el Movimiento de los Países No Alineados.
7. La inventariación sistemática y analítica de las investigaciones sobre comunicación inicialmente producidas en América Latina.
8. La crítica a las premisas, los objetos y los métodos foráneos de investigación en comunicación que se aplicaban indiscriminadamente a las muy distintas realidades de Latinoamérica.
9. El cuestionamiento al propio modelo de desarrollo nacional, igualmente importado, por contribuir a la perpetuación de la dominación interna y de la dependencia externa con el respaldo de los medios de comunicación masiva de orden comercial y adscripción conservadora, acentuando así más bien el subdesarrollo y hasta favoreciendo a veces al autoritarismo.

El movimiento llegó a ser atinadamente denominado Escuela Latinoamericana de Comunicación por el colega Marques de Melo que se constituyó en su historiador y propiciador. Contó aquel con el resuelto apoyo del CIESPAL, desde Ecuador, y obró en coordinación con nuevas entidades regionales afines como la INTERCOM de Brasil, el ILET de México y el IPAL de Perú. Y en 1978 nació en Caracas, sede del precursor ININCO de la Universidad Central de Venezuela, la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC), a la que me siento muy ligado desde sus primeros pasos. Ella vino a formalizar institucionalmente la existencia de la comunidad latinoamericana de científicos comprometidos con la democratización de la comunicación al servicio de la democratización de la sociedad. Pese a la carencia de recursos financieros adecuados para su funcionamiento, ella tuvo y tiene un desempeño plausible por eficaz y perseverante. Y todos debemos empeñarnos en ayudar a mantenerla en pie pues la respetamos mucho y la necesitamos siempre.

La lucha que he reseñado muy esquemáticamente aquí tuvo resonancia más allá de las fronteras de Latinoamérica, especialmente en los fragorosos años de 1970, la década de fuego en que la comunicación estuvo en el centro del conflicto internacional entre los países subdesarrollados y los desarrollados. El pensamiento innovador latinoamericano hizo cruciales contribuciones al candente debate internacional que, teniendo por eje a la UNESCO, giró principalmente en torno a la cuestión del Nuevo Orden Internacional de la Comunicación y de las Políticas Nacionales de Comunicación. Tales aportes fueron reconocidos y elogiados por destacados comunicólogos de Europa, principalmente España, así como de Asia e inclusive del propio Estados Unidos de América. Y el conciliador Informe de la Comisión McBride con que se logró en 1980 desactivar aquel conflicto mundial muestra claramente la influencia del pensamiento latinoamericano en la formulación de sus análisis, conclusiones y recomendaciones.

Lamentablemente, sin embargo, el tránsito de las ideas a las acciones fue drásticamente perturbado por la áspera y tenaz oposición de las agrupaciones y de los medios de comunicación de los Estados Unidos de América, así como por la agresiva resistencia de las organizaciones continentales de propietarios y directores de aquellos medios a cambio alguno en la situación por considerarlo atentatorio contra la libertad de información; no hubo gobiernos que se atrevieran a desafiarlos. Tan dura fue la reacción en Estados Unidos respecto de las propuestas para el cambio que no sólo provocó la caída del Director General de la UNESCO, Amadou M'Bow sino inclusive la salida de ese país y de Inglaterra de dicho organismo internacional. Por otra parte, debilitado el Movimiento de los Países No Alineados, todo volvió entonces al "status quo" instrumental a la indefinida continuación tanto de la dependencia externa como de la dominación interna en materia económica, política y cultural.

Aquello coincidió justamente con la irrupción del neoliberalismo y la globalización que encabezados por su portaestandarte - la pasmosa tecnología de la Sociedad de la Información - impusieron al mercado sobre el Estado para favorecer aún más a las élites del poder y empobrecer mucho más al pueblo raso. Vertiginosamente se fueron expandiendo y profundizando luego la dependencia externa y la concomitante dominación interna. Así en la actualidad las diferencias de acceso a los modernos medios digitales de

comunicación entre las clases sociales han alcanzado enormes dimensiones. El poderío transnacional de las empresas estadounidenses ha llegado a ser colosal. Desde la década del 90 la tendencia a la concentración monopólica de la propiedad de medios masivos convencionales ha avanzado inconteniblemente aún en países de la región que tienen gobiernos progresistas. En cambio las radios comunitarias, que han proliferado recientemente por aprovechamiento de las modernas tecnologías, son consideradas ilegales en la mayoría de los países y reprimidas con violencia en algunos de ellos. Y, si existen políticas de comunicación, son formuladas e implantadas sin consulta con el pueblo y están dirigidas a preservar los intereses y a consolidar las conveniencias de las oligarquías.

La situación actual de la comunicación y del desarrollo en Latinoamérica no sólo que no ha mejorado en comparación con la que prevalecía en los años del 70 y del 80 sino que es mucho peor en todo sentido. Desaparecieron las brutales dictaduras militares, pero lamentablemente los gobiernos que las sucedieron no han sabido forjar una democracia cifrada en la equidad y en la participación protagónica y efectiva del pueblo en la toma de decisiones para la conducción del Estado. Al contrario, con muy raras excepciones, han permitido que se agrande considerablemente la brecha entre ricos y pobres, no se han ocupado de escuchar la voz del pueblo y prácticamente nada han hecho tampoco por democratizar la comunicación privada y estatal.

Es hora, pues, de conformar otra vanguardia rebelde que enarbole de nuevo los pendones de batalla de la comunicación comprometida con el cambio para enfrentar a la nueva y mucho más grave situación. Y reitero aquí mi convicción de que esa misión de recuperar la fe en la quimera debiera ser asumida fundamentalmente por la ALAIC en estrecha conjugación con la FELAFACS y en constante coordinación de ambas con la FELAP, la ALER, el Secretariado Conjunto de las Organizaciones Católicas de Comunicación, la AMARC/Latinoamérica, así como con el CIESPAL, el IPyS, el ININCO, la INTERCOM y el Instituto de Investigaciones de la UNAM de México. Creo que todas estas agrupaciones debieran establecer cuanto antes, bajo el liderazgo de la ALAIC y la FELAFACS, un Comité Ejecutivo Interinstitucional encargado de diseñar y ejecutar un Programa Regional para Democratizar la Comunicación basado en una Estrategia Quinquenal de Cooperación.

Ese es, queridos compañeros, el sueño de unidad combativa que me alienta cuando van sonando ya para mí las campanas del crepúsculo sin que haya podido renunciar jamás a la utopía.